

Antonio Pellicer Paraire

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

PRIMERA CONFERENCIA

OBJETIVO

Es un hecho innegable que el estudio del hombre, de la sociedad humana, de su constitución, sus evoluciones, sus tendencias hacia su perfeccionamiento, en una palabra, el estudio de esa rama de la ciencia que se llama Sociología, atrae con interés creciente la atención de cuantos aman el progreso social, se conmueven del intenso malestar que sufrimos, y sienten vehementísimo deseo de mitigar y extinguir el dolor que nos agobia.

Aun cuando no fuese por amor a la sabiduría, movería los ánimos de todos, como los mueve, hacia tan interesante estudio, el desorden social presente, que a unos hace víctimas de todos los pesares y cargas, y a otros eleva a todos los honores y goces, sin razón natural que abone y justifique tamaña iniquidad. Al más pobre de entendimiento se le ocurre preguntarse por qué, siendo todos los hombres iguales ante la naturaleza, unos nacen en dorada cuna y asegurado tienen todas las satisfacciones y caprichos, sin haber contraído ningún mérito excepcionalmente extraordinario que lo justifique algo, y otros ven la luz en miserable jergón, y son condenados a odiosa

servidumbre y a pesadísimos trabajos, para satisfacer muy mal las más apremiantes necesidades.

No considero indispensable demostrar la verdad de este asero, que pesa en la conciencia de todos cual horrible pesadilla, porque lo que se ve, lo que se palpa y se siente no necesita esfuerzo alguno para lograr el convencimiento.

Sin negar, porque es innegable, este hecho social, dicen algunos de los que bien se hallan en la sociedad presente, y les conviene creer y hacer creer que en principios de justicia está basada, que la naturaleza del hombre es de una tan rara condición, que no permite otro modo de ser social, y que, además, tiene el vicio de quejarse, ya que nunca se ha hallado en tal grado de progreso y bienestar como ahora, lo que debiera de agradecer en vez de censurar.

A cuya argumentación opongo ésta: que la sociedad se halla montada en un estado de violencia y opresión, que todo cambio en el sentido de un mejoramiento general ha debido hacerse también violenta, revolucionariamente, a causa de que las clases dominantes, en defensa de mezquinos intereses contrarios a la masa social, han desoído siempre las justas reclamaciones de los oprimidos, y sólo han cedido acosadas por la fuerza material; siendo esto axiomático, comprobado por la historia, no ha podido saberse prácticamente si es posible otro régimen social, ya que para ello es absolutamente indispensable la garantía de positiva libertad, incompatible con el estado de fuerza en que la sociedad funciona y ha funcionado. Por otra parte, la posibilidad de una sociedad más perfecta se deduce, con la más severa lógica, de los progresos realizados, tan importantes como los concebibles para el futuro, y también del mero hecho de señalarse los males presentes, que acusa la concepción de su remedio; pues de no ser así, desmintiendo las leyes que presiden el pensamiento, en vez de las generales protestas, la naturaleza impondría un fatalismo ineludible que amartillaría la razón, y no podría considerarse como un mal social, corregible, lo que se juzgaría de naturaleza, como si puede lamentarse que la chispa eléctrica nos carbonice en un instante, a nadie se le ocurre protestar de ella, y aun esos destructores efectos de una ley natural procura burlar, y burla, el ingenio humano.

De modo, pues, que si contra todo sofismo de clases, jerarquías y privilegios se levanta imponente el derecho natural igualitario; que si el avance social es verificado por el esfuerzo de los oprimidos más inteligentes y jamás de los opresores; y que si la intensidad de todo sufrimiento se halla en relación directa de la conciencia del mal, no pueden sostenerse con buena fe las acomodatas teorías del vicio de quejarse y dev la falta de agradecimiento a los que muy frescamente se manifiestan nuestros protectores y civilizadores,

cuando en realidad no hacen otra cosa que resistir todo progreso y defender bastardos intereses.

Y he aquí que no bien iniciamos la cuestión social se nos revela en seguida toda la magna cuestión, con su grandioso problema: *el derrumbamiento de esta sociedad que nos hace sufrir demasiado, y el levantamiento de una mejor constitución social.*

Fácilmente llegamos a esta conclusión por deducción natural y lógica: pero, ¿cómo? ¿por qué medios? ¿de qué manera? Y surge la duda, la diferenciación de criterios y el continuo batallar entre escuelas y sistemas. Es por esto que cautiva a todos el estudio de la Sociología, que quiere profundizarse hasta el extremo límite; porque si bien la aspiración es concreta, conocido el mal, se divaga en las soluciones y en el método para realizarla.

No es ciertamente una inconveniencia la diversidad de criterios ni la constante controversia en asunto tan grave, pues la luz se hace contrastando todas las opiniones y aquilando todos los razonamientos; y a ello debemos que las ciencias sociales hayan llegado a la altura en que se encuentran; lo que es sensible es que el apasionamiento llegue hasta el encono, por más que sea muy explicable que en estas materias se traspasen los límites de la cordura, porque cada uno créese en la posesión de la verdad, y dúdase de la sinceridad del contrincante, cuando, imparcialmente juzgando, lo que sucede es que, en la complejidad del problema social y en las varias fases que ofrece la naturaleza humana, ya por efecto atávicos, ya por efectos y pasiones cual definidos, cada individuo lo interpreta todo a su modo, algunos creen alcanzar de un salto la cumbre, porque se consideran preparados para ello, y otros se entretienen en soluciones intermedias, que a los ojos populares se juzgan como definitivas.

A pesar de que muévense muchos egoísmos en todas las escuelas y sistemas, que deben descartarse en el campo de la filosofía y de la ciencia, no puede menos que reconocerse que todos pretenden afianzar en la naturaleza y la ciencia sus ideales redentores, y es innegable también que algo hay en todos de verdad y de exagerado; y de la gran obra a hacerse es que un sesudo eclecticismo copile de todos lo que con la naturaleza y la ciencia se halle conforme, prescindiendo de cuanto no esté de acuerdo con ellas, y así plantear las bases científicas de la sociedad humana.

Desde este punto de vista se nos ofrece vastísimo campo de horizontes ilimitados, en que los más concienzudos acedores de la ciencia tienen labor inacabable; y que, sin embargo, a eso debe llegarse, si se quiere presentar despejado el camino que ha de conducirnos a la emancipación real.

Por otra parte, los grandes obstáculos que hay que vencer para que la verdad resplandezca en esa senda redentora son, por cierto, la diversidad de medios y las distintas y hasta opuestas soluciones propuestas que dividen a la

parte de la sociedad, mayormente del proletariado, dispuesta a seguir adelante, porque, de todas suertes, anda y prosigue en marcha; la gran valla que se interpone a todo progreso que es más que una: la ignorancia.

Esa es la gran enemiga que hay que combatir a todo trance; es ella la que exige el mayor trabajo, el concurso de las más preclaras inteligencias, reduciendo todas las conquistas científicas a concretas fórmulas, fáciles de penetrar en esos cerebros obtusos que han absorbido todos los absurdos y todas las preocupaciones, ya procedan de las bárbaras edades, o por efecto del constante esfuerzo de cuantos tienen interés, para la satisfacción de groseros apetitos, en que se mantenga esa ignorancia y la luz no se haga, presintiendo su anulación.

La mayor parte de las obras sociológicas se dirigen a entendimientos cultivados para comprenderlas: pero son demasiado elevadas para la masa social que no tiene preparación ninguna. Falta para ello un método de enseñanza, digámoslo así, a modo del procedimiento pedagógico, que vaya desde el abecé a las más profundas tesis y científicas conclusiones.

Esa labor necesaria, preliminar, no se ha hecho en el campo sociológico, o al menos con un orden lógico y sencillo; y no he de ser yo, por cierto, quien la realice, pues no me siento con fuerzas bastantes para ello; más si no soy apto para tamaña obra, no puede negárseme el derecho de iniciarla, para que otros más expertos la pongan en práctica, y aun permitírse diseñar los lineamientos del plan conducente a tal propósito. Él podrá aceptarse o desestimarse, rectificarse o completarse; de todos modos se hará obra buena; y por ahí comenzaremos positivamente a sentar las bases científicas y naturales de la sociedad nueva, que debe garantizar la libertad, el derecho y las necesidades del individuo, dentro de las necesidades, del derecho y de la libertad social, armonizándolo todo con la naturaleza.

Este es el objetivo de estas conferencias: y contando con la buena voluntad de todos, entro a desarrollar el plan enunciado.

FILOSOFÍA

Es de sentido común que para saber se ha de estudiar, y no podremos precisar la causa de nuestros dolores, y orientarnos en el excogitamiento d los medios curativos, si no estudiamos.

Estudiar es pensar, es filosofar, pero no siempre se filosofa bien. En la conciencia de todos está que sufrimos el peso de una cantidad enorme de preocupaciones y errores, acumulados por todas las generaciones pasadas, que nos ofuscan la razón y dificultan la senda que puede conducirnos al dominio de la verdad.

Teniendo esto en cuenta, necesitase comenzar por empeñarnos valerosamente en abandonar todo prejuicio, alejar de sí todo absurdo, ser buenos filósofos, pues la filosofía, que es la investigación de la verdad, enseña a observar, examinar, raciocinar bien sobre todas las cosas. Si al examen de un hecho, de una teoría, llevamos ya cierto criterio o juicio preconcebido formado por mero ilusionismo o por imposición aceptada, con prescindencia del concienzudo análisis, ignorando realmente su esencia, su valor o su bondad, ¿cómo podremos posesionarnos de la verdad, adquirir la ciencia resultante de su estudio? Sería de todo punto imposible.

Es tan importante filosofar correctamente, que basta, para convencernos de ello, exponer el hecho de que notabilísimas individualidades han consagrado toda su existencia enseñando y propagando ingenuamente errores de gran transcendencia como verdades irrefutables, indiscutibles, que más tarde un cerebro despejado ha pulverizado. Un Aristóteles, un Galileo, un Darwin, ¿cuánta falsa ciencia no han derrumbado con su razón libre de ciertas preocupaciones de los antepasados, examinado sin prevención acomodaticia el gran libro de la Naturaleza? Y si esto sucede a los hombres de talento, ¿qué no pasará a los de pocos alcances y ninguna instrucción?.

Hay, pues, necesidad imperiosa de filosofar, de pensar bien, si es que pretendemos que nuestra razón penetre en la nebulosa que envuelve a la sociedad; es imprescindible apoyarse en datos verídicos, ser lógicos, que la lógica enseña a razonar exáctamente por medio de deducciones naturales, ya que con deducciones extravagantes y arbitrarias, fuera del común sentido y de la naturaleza, no es posible discurrir con provecho, ni adquirir enseñanza positiva; en una palabra, no hay ciencia; y, sin ella por guía, no llegaremos nunca a la posesión de la verdad.

La necesidad de tener en cuenta siempre estas fundamentales observaciones para el buen raciocinio, sobre todo aplicadas al estudio de la cuestión social, lo revela también la consideración de que no hay ser humano que no la analice y juzgue a su manera, y aun con extraordinario apasionamiento. Es natural que así sea, porque a todos nos afecta intensamente, ya que ella entraña nuestra libertad, nuestra salud, nuestra propia existencia. Pero, ¡cuántos absurdos se dicen, cuántas contradicciones se manifiestan, cuántos esfuerzos, abnegaciones y sacrificios se verifican, verdaderamente contraproducentes!...

Todo el mundo cree estar preparado para resolver la gran cuestión, cada uno tiene su sistema y sus convicciones; y, sin embargo, el que bien observa ve que las gentes se agitan en el vacío sin adelantar gran cosa, y pocos, buenos filósofos, pasándose sendos años consagrados al estudio, mucho hacen si consiguen desembrollar algo la confusa madeja social, cuyos anudamientos más formidables elabora el artificio de la ignorancia.

La ciencia social es de suyo difícil y compleja, y es inútil pretender comprenderla por reflejas intuiciones o por inspiraciones sentimentalistas; pues ni las ideas se elaboran en nuestro cerebro sin aportar a él buenos materiales, ni es el sentimiento otra cosa que una natural resultante de la ocultad razonadora y de la potencia social.

Debemos poseernos bien de estas verdades: que vivimos muy distanciados de la naturaleza y de la ciencia; que sin ciencia y naturaleza, nos hallamos en los dominios de la arbitrariedad y de la ignorancia; y que, en estas condiciones, confundimos la verdad con el error, lo justo con lo inicuo, lo natural con lo artificioso, lo bueno con lo malo.

Por un esfuerzo de voluntad, a que nos invita la Naturaleza, siempre ingenua, siempre abierta, podemos liberarnos de las quimeras y pesadillas que enervan la facultad pensante, y entonces, por nuestro bien individual y colectivo, dediquémonos al estudio, filosofemos, y cada uno adquirirá, según su capacidad, caudal científico bastante para conocer los datos del problema y tratar de resolverlo.

Pero comencemos por adoptar una libre y sana filosofía.

CIENCIA

Si la buena filosofía es el único medio para lograr la positiva sabiduría, el fin propuesto es la ciencia, pues la ciencia es la sabiduría de las cosas por principios ciertos. Todo nuestro interés debe concretarse a saber la verdad, para no caer en el caos de la confusión; y verdad y ciencia son una misma cosa. Si ésta se fracciona no es más que para facilitar su estudio a cuantos anhelan poseerla. El método de la división del trabajo favorece el perfeccionamiento. Un buen diccionario, por ejemplo, sintetiza el conocimiento de todas las cosas; pero él no es obra de un solo sabio, sino la reunión de muchas inteligencias;

cada una ha aportado a ella su especial caudal científico, trabajo relativamente fácil, y han formado con su conjunto ese monumento del saber humano, labor difícilísima, si no imposible, para la más que clara inteligencia. Así, pues, si decimos ciencias exactas, ciencias médicas, ciencias naturales, ciencias sociales, no es que haya muchas ciencias, sino aspectos especiales de la ciencia, que es sólo una, como una es la verdad, como es una sola la Naturaleza, de cuyo conocimiento positivo emana la ciencia y la verdad.

Ahora bien: si a nadie puede ocultarse que fuera de la ciencia es imposible acertar en ninguna cosa, hallar solución a cualquier problema, eternizándonos, por lógica consecuencia, en los dominios de la ignorancia y por ende de la arbitrariedad, se impone necesariamente el estudio de la ciencia, que en nuestro caso especial es la Sociología, que ya hemos definido en un principio, convencidos de que donde no hay saber no hay verdad, ni derecho, ni justicia, ni libertad, ni garantías para nada ni para nadie. Y como precisamente todo esto anhelamos para todos y cada uno, pues a esta sola condición la humanidad puede vivir tranquila y dichosa, de ello se sigue el imperioso deber de consagrarnos al estudio de la ciencia que entraña el progreso y emancipación social.

A muchos parecerá montaña inaccesible eso de entregarse a profundos estudios, poco avezados a estos trabajos, para conseguir la mayor suma posible de verdad; pero eso es pura aprensión; necesitarse más de buena voluntad, propósito decidido, que del trabajo material. Baste saber que hay tanto hecho tal cúmulo de observaciones verificadas, que ha adelantado de tal modo la ciencia, que casi lo único que falta es ordenar y meditar sus conclusiones, analizando las premisas y demostraciones que ofrece, con sólo el cuidado de aceptar aquello que esté basado en principios ciertos, no olvidándose de la buena filosofía ni de la natural lógica.

Una cosa es conocer bien las demostraciones de la ciencia pertinentes al gran problema social, y otra cosa es crear, como quien dice, esa ciencia, obra de los pensadores de todos los tiempos. Muy distinto es tener una ilustración sana acerca de estas materias, que ignorarlas en absoluto, creyendo absurdos, y como tales, siempre improbables y por demás funestos.

Es en este sentido práctico que excito el estudio para adquirir ciencia, porque es el único modo factible para la gran masa social, y el solo medio de llegar a una fuerza intelectual incontestable, y siendo incontestable, suficientemente poderosa para traducida en el hecho real de la evolución anhelada.

NATURALEZA

Se ha dicho que la ciencia es el conocimiento de la Naturaleza, porque todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será, tiene por origen la Naturaleza, procede de ella, es efecto de la misma. Nada racionalmente concebible se halla fuera del orden natural. Y la más grande conquista humana, la elevación más alta de la ciencia, es haber llegado a comprender esa Naturaleza, nuestra madre.

La humanidad ha tenido su infancia, y durante ella, como el niño, no observó, no vió ni entendió nada; su débil facultad pensante se perdió en el caos de profundos temores, extravagantes imágenes, absurdos monstruosos; sólo cuando la razonadora potencia hubo adquirido el completo desarrollo, como el hombre al alcanzar la plenitud del ser, se dio cuenta de los hechos, los analizó, y dedujo de ellos naturales y lógicas consecuencias. Entonces entró en la mayor edad.

De aquella ignorancia de la Naturaleza nace nuestro mal. Todos los errores, todas las preocupaciones, todo el barbarismo de las primeras edades, han extraviado a la humanidad, originando sus desvarios, sus luchas, sus instituciones opresoras, sus grandes hecatombes; y consecuencia de todo ello es el malestar presente, pues todavía batalla los restos del salvajismo y la ignorancia con el progreso y con la justicia, con la ciencia.

Ahora bien: fuente de nuestra sabiduría es la Naturaleza, todos de ella somos, nada hay fuera de ella; debe ser, pues, nuestro primer anhelo conocer esa madre que nos da vida y que adorna nuestro ser con la hermosura de la consciente intelectualidad que nos permite comprenderla y amarla.

¿Y qué es la Naturaleza?

Nada más que esto: *materia y fuerza*.

Es condición de la materia la fuerza; es esencia de la fuerza la materia. No es concebible la una sin la otra.

Y hoy la ciencia añade que: *una es la materia de que se compone el universo*.

“Los mismos elementos, dice Odón de Buén en su popular *Historia Natural*, se hallan en las rocas de la tierra y en los soles del cielo; un mismo cuerpo, el hidrógeno, arde y brilla en el sol; unido al oxígeno, forma el agua del torrente impetuoso o del lago cristalino; con el oxígeno y el carbono, constituye sinnúmero de cueros orgánicos, el almidón, el corcho, el azúcar o el

aceite; con los dos elementos anteriores, más el nitrógeno y el fósforo, puede formarse la sustancia de una célula cerebral”.

“La unidad de composiciones, añade, se comprueba por el análisis espectral de los astros y el estudio de los meteoritos (cuerpos que, procedentes de otros astros, caen dentro de la esfera de atracción del nuestro); con el espectroscopio, por el análisis espectral, nos es dable reconocer los elementos químicos que constituyen a los astros; por los meteoritos podemos conocer cómo se hallan esos elementos químicos dispuestos, y comprobar, lo mismo por las combinaciones químicas que por la estructura, que la Tierra no es ninguna excepción en el mundo sideral”.

Pero ¿cómo se explica esa materia?

La química se encarga de contestar la pregunta con la *teoría atómica*. Todos los cuerpos se hallan constituidos por partículas, última expresión de la materia, denominadas átomos. Con la reunión de átomos se forma una *molécula*.

Y la asociación de moléculas constituye un *cuerpo*.

La actividad, la energía de la materia, depende de la movilidad atómica; ésta, con el continuo renovar, produce formas nuevas, composiciones y descomposiciones sucesivas.

Así se explica que nada permanece inerte en la Naturaleza; todo se modifica y cambia. Desde el mineral más refractario a la acción de los agentes que le rodean, hasta el organismo de los animales superiores, que tiene transitoria existencia. Es continua la transformación: unas formas se construyen y otras se engendran.

Una bellísima idea del transformismo de la Naturaleza nos la da el profundo observador, víctima del oscurantismo, Giordano Bruno, de esta manera:

“De lo que es semilla se hace yerba; de lo que es yerba se hace espiga; de lo que es espiga se hace pan; del pan, quilo; del quilo, sangre; de la sangre, semen; del semen, embrión; del embrión, hombre; del hombre, cadáver; del cadáver, tierra; de la tierra, piedra u otra cosa; y así se llega a todas las formas naturales”.

Tenemos, pues, que la Naturaleza *es la constante transformación de la materia*, que no se crea, ni se pierde y por esto, sin principio ni fin. Más concretamente, como se ha dicho antes: *materia y fuerza*.

Ya veremos después cómo se confirman estas definiciones al describir la formación del universo, que dejaremos para la conferencia próxima.